



CAPÍTULO XII

El Patrocinio de Señor san José.

I

Es muy conocida la historia del antiguo José, en quien la Iglesia reconoce la figura del castísimo Esposo de María.

El antiguo José fué vendido por sus hermanos, y habiéndosele conducido al Egipto, le compró Putifar, general de las tropas de Faraón.

José fué asistido por Dios, y cuanto hacía tenía feliz resultado: moraba en la casa de su amo, quien conocía que el Señor estaba con José, y que le favorecía y bendecía en todas sus acciones. Así José halló gracia en los ojos de su amo, que le puso al frente de todos sus negocios; y José gobernaba la casa confiada á su cuidado y todos los bienes de su amo. Y el Señor derramó su bendición sobre la casa de Putifar por amor de José, y multiplicó todos los bienes tanto en la ciudad como en el campo; de suerte que Putifar no tenía

otro cuidado que el de ponerse á la mesa para comer (1).

José había ganado la confianza de su señor y administraba todos los bienes de éste. Lo mismo podemos descubrir en el siguiente pasaje del Génesis cuando José fué sacado de la cárcel por orden del rey. Este le refirió los sueños que había tenido y que José interpretó con acierto. Faraón, después de haberle escuchado, dijo á sus ministros: ¿Por ventura podremos hallar un varón como éste, tan lleno del espíritu de Dios? Y á José: Ya que Dios te ha manifestado todas las cosas que acabas de decir, ¿podré yo acaso encontrar otro más sabio ó igual á ti? Tú tendrás el gobierno de mi casa, y al imperio de tu voz obedecerá todo el pueblo: no tendré yo sobre ti más precedencia que la del solio real. Añadió Faraón á José: Mira que te hago virrey de toda la tierra de Egipto. Y luego se quitó el anillo del dedo, y se lo puso á José; y le vistió de una ropa talar de lino finísimo, y le puso al derredor del cuello un collar de oro. E hizo subir en su segunda carroza, gritando un heraldo ó rey de armas, que todos hincasen la rodilla delante de él, y supiesen que estaba constituido gobernador de toda la tierra de Egipto. Dijo aún más el rey á José: Yo soy Faraón: sin tu orden ninguno ha de mover pie ni mano en toda la tierra de Egipto (2).

Habiendo comenzado los siete años de carestía

(1) Gen., XXXIX, 1-6.

(2) Ibid., XLI, 14-44.

ca
el
de
y l
ton
dej
an
J
San
aún
ento
al v
año
Bue
delic
las a
ardie
trarn
que t
dre p
Mu
mosle
jos y
en no
sus pa
porqu
cias, y
media
Vol
guntar

(1) M

que había profetizado José, el hambre afligió á todo el mundo, mas en toda la tierra de Egipto había pan; pero cuando los egipcios sintieron el hambre, clamó el pueblo á Faraón pidiendo víveres. Faraón contestó: Acudid á José y haced cuanto él os dijere.

Creciendo el hambre cada día en toda la tierra, abrió José todos los graneros y empezó á vender trigo á los egipcios; porque también á ellos les había alcanzado el hambre. Y venían á Egipto de todas las provincias vecinas para comprar víveres y librarse del hambre (1).

Se conoce, por lo que acabamos de decir, que el antiguo José fué elegido por Dios nuestro Señor como administrador general del Egipto; y reuniendo los principales rasgos característicos de su misión, tenemos lo siguientes: Estuvo lleno del espíritu de Dios; mereció toda la confianza de Faraón; fué el instrumento de la divina misericordia para atender á las necesidades de los egipcios, y de los demás pueblos que acudían á él para conseguir el pan de la vida. Pongamos ahora los ojos en el castísimo Patriarca Señor san José: El también estuvo lleno del Espíritu de Dios que se dignó comunicársele para que pudiese cumplidamente desempeñar los altos ministerios que se le habían confiado.

Fué elegido nuestro Santo para padre putativo del Hijo de Dios, y este Hijo le estaba sujeto. José le tiene en su casa, le da el alimento y el vestido,

(1) Gen., XLI, 54-57.

y le manda como un padre lo hace con sus hijos; en una palabra, Jesús pertenece á José. Recorremos ahora que Jesús es el Pan que bajó del cielo para dar la vida al mundo; y sin este pan los hombres no pueden alcanzar la vida eterna. ¿Qué haremos para conseguirlo? Levantar al Señor nuestras miradas y pedirlo humildemente, ya que del Padre celestial desciende toda dádiva excelente y todo don perfecto. Mas el Padre nos dice lo que Faraón dijo á los egipcios: Id á José y haced cuanto él os dijere.

Esto nos descubre la excelencia del Patrocinio de Señor san José. Dios quiere que mediante los ruegos de este santísimo Patriarca, se nos comuniquen los dones celestiales, se nos dé á Jesucristo, porque ha constituido á José administrador general de todos sus tesoros: ¿cuáles son éstos? Su Hijo divino nuestro Señor Jesucristo, á quien todo lo ha dado, y que es un solo Dios con el mismo Padre.

Después del Hijo de Dios, tesoro infinito de sabiduría y de ciencia, está María su Madre inmaculada y santa, á quien ha enriquecido con todos los dones y gracias del cielo, la más hermosa y amable, la más santa y perfecta de todas las criaturas, y á quien el Unigénito de Dios escogió por Madre, é hizo riquísima fuente de piedad y gracia.

Esos tesoros son de José; ¿quién, pues, dará á los hombres el amor de María, sino su santo Esposo? ¿quién obtendrá que la Madre divina vuelva á nosotros sus ojos de misericordia, sino José? ¿quién podrá obligarla, si así pudiéramos decirlo,

á que ruegue á Jesús por nosotros, sino aquel glorioso Santo de quien fué la misma Señora amante y humildísima Esposa? Por lo mismo José todo lo puede con María, que nunca llegará á negarse á sus plegarias.

Jesús es de José, y el Hijo de Dios que tanto amó á su padre putativo, tampoco desechará sus peticiones; y por esto, al rogar por nosotros el castísimo Patriarca, abre Jesús el abismo de su gran misericordia, y María saca de ese abismo los bienes que necesitamos para alcanzar la vida eterna y para remediar los males de la presente vida; y esos bienes los pone en manos de José, quien da vista á los ciegos, y fortalece á los débiles, y vuelve la salud á los enfermos, y nos alcanza el dolor de los pecados, y nos obtiene la divina gracia.

Es, por tanto, el patrocinio de Señor san José, de suma importancia para nosotros, de una utilidad incomparable; y la necesidad que tenemos de ese patrocinio, clama en el interior de nuestras almas, y nos dice: Id á José, y haced cuanto él os dijere.

El antiguo José, al llegar el hambre, abrió todos los graneros y empezó á vender el trigo á los egipcios.—Si tenemos hambre del trigo de los escogidos, del pan que da la vida al mundo, pidámosle á José; porque él es á quien Dios ha elegido como dispensador de todos sus bienes, al poner en sus manos á Jesús y á María.

Lleno está José del Espíritu de Dios, Espíritu que es más dulce que la miel y más suave que el panal de miel; por esto, al desempeñar su ministe-

rio, José lo hará con una misericordia abundantísima y llena de clemencia. ¿Rehusará escuchar nuestros gemidos, ó se alejará de nosotros porque somos miserables pecadores? Antes bien las miserias y desgracias que nos ha traído la culpa, le moverán á compasión; y al descubrirle las llagas que llevamos en el alma, derramará sobre ellas el bálsamo de sus consuelos. Todo lo alcanza de Jesús; y María la inmaculada y santa, rogará también por nosotros, pues tiene á gloria asociarse á las peticiones de su Esposo. Dispone la santísima Señora de todos los tesoros de Jesús, y á su vez José confía en el corazón de su divina Esposa.

Confidit in ea cor viri sui. Jamás el corazón de María dejará de inclinarse á José, y la confianza del santísimo Patriarca nunca quedará burlada.

La piedad y ternura de José que le inclinan á remediar nuestras miserias, no se descubren solamente en el espíritu de que está animado, sino además en el carácter de su ministerio; éste se refiere á la Encarnación del Hijo de Dios, en la cual, según el lenguaje de san Pablo, apareció la benignidad y la dulzura, el amor de Jesucristo á los hombres, á quienes salva, no á causa de las obras de justicia que hubiesen hecho, sino por su gran misericordia (1).

José no hubiera desempeñado su santo ministerio según los designios de Dios nuestro Señor, sin tener un corazón benignísimo y lleno de bondad y gracia; mas Dios se lo dió bellissimo y perfecto,

(1) Tit., III, 4, 5.

y enriquecido con todos esos dones, al constituirle dispensador de sus misericordias en el misterio de la Encarnación.—La Encarnación es el inagotable y rico manantial, bien lo sabemos, de todas las gracias del Señor. No hay mancha que las aguas de ese manantial no puedan lavar; ni hay alguna miseria que no pueda remediarse por los méritos del Salvador de los hombres. Ahora bien: es José quien tiene en su casa el rico manantial, la fuente viva de la gracia; es José el padre putativo del Salvador de los hombres. Tiene, por tanto, en sus manos el castísimo Patriarca, no la justicia de Dios que castiga al delincuente, sino los tesoros de la misericordia, para remediar nuestras miserias. Por esto no tenemos que hablarle de justicia, de rigor ni de castigo, sino de compasión y gracia, de indulgencia y de misericordia.

En vista de esas consideraciones podemos preguntar: ¿nos será provechoso acudir al santo patrocinio de José? acudir al gran Patriarca en todas nuestras necesidades y miserias, es no solamente provechoso en gran manera, sino, además, tal recurso se nos presenta de algún modo como necesario.—Toda nuestra suficiencia nos viene de Jesús; todas sus gracias y favores, María los alcanza con sus ruegos; mas con todo esto, Dios nuestro Señor por su bondad inmensa quiso que la intercesión del gran Patriarca fuese poderosísima, y siempre bienhechora para aquellos que acuden á su santo patrocinio.

Pensamos un instante en José, y el espíritu que le anima y el carácter de su ministerio, nos le

presentan amabilísimo y lleno de bondad; sus apacibles miradas y la dulce sonrisa de sus labios, nos están diciendo: Acercaos á él, alejad el temor, porque él es un padre muy bueno; tened confianza, y veréis cómo se inclina hacia vosotros para daros la mano; y cómo se vuelve á Jesús y á María, á fin de rogar por vosotros. Y así lo hará, porque ésta es la misión que el Señor le ha confiado, y José no dejará de cumplirla.

II

Se nos presenta el patrocinio de Señor san José con una grandeza admirable, y entre los bellos resplandores de una luz celestial, si lo contemplamos en su mismo principio, en su razón fundamental y primitiva: ese principio, esa razón, es Jesucristo, y desde ese principio, el patrocinio de que hablamos se extiende sobre todos los fieles como un manto de gloria que nos cubre y defiende de todos los peligros, y bajo del cual gozamos de las más abundantes bendiciones del Señor.

Por Jesucristo extiende José sobre nosotros el manto de su sagrada protección. El fué destinado por Dios nuestro Señor para cuidar y proteger á su Hijo unigénito hecho hombre por nosotros; mas ¿por qué decimos que estos sacratísimos oficios que José desempeñó para con el Hijo de Dios, tiene también que cumplirlos para con nosotros; y que no aparecen como distintos, sino antes bien como si fueran unos mismos? por la unión

ca
el
de
y l
tor
dej
an
J
San
aún
ent
al v
año
Bue
delic
las a
ardie
tram
que t
dre p
Mu
mosle
jos y
en no
sus pa
porqu
cias, y
media
Vol
guntar

(1) M

que Jesucristo tiene con su santa Iglesia, de cuyo cuerpo somos miembros. Oigamos á san Pablo: Crezcamos en Cristo que es nuestra cabeza, de quien todo el cuerpo místico de los fieles trabado y conexo entre sí, recibe, por todos los vasos y conductos de comunicación, el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad (1).

Tenemos, pues, que los cuidados y desvelos que José tuvo por su hijo putativo nuestro Señor Jesucristo, se nos comunican por este mismo Señor; porque somos miembros de su cuerpo que es la Iglesia; y cuanto tenemos lo recibimos de Jesús.

Al cuidar de nosotros el santísimo Patriarca, ve en cada uno los miembros de Jesús, á éste mismo á quien se hace el bien que se dispensa á sus hermanos, á los miembros de su cuerpo que somos nosotros. Siendo esto así, ¿dejará de cuidarnos y de defendernos de todo peligro, el santísimo Patriarca? Jamás; y desempeñará su santo ministerio con la misma fidelidad y constancia, y con el mismo gozo con que lo hacía con su Hijo putativo: su gloria será el protegernos.

José protege aun á aquellos cristianos que no imploran su santo patrocinio; pues no por esto dejan de ser miembros del cuerpo del Señor. Si esto nos descubre la admirable excelencia del patrocinio de José, nos recuerda que él cuidaba de su Hijo putativo desde su más tierna infancia. Ese Hijo no pedía á su padre en esa edad que cuidase

(1) Ephes., IV, 15, 16.

de su vida y le alejara de todos los peligros; José lo hacía por sí mismo y para cumplir su santo ministerio. Amaba á Jesús, y el amor no le permitía que de El se olvidase un instante; amaba á Jesús, y tenía que cuidarle como á la pupila de sus ojos, y aun más todavía, ya que le amaba sobre su propia vida.

El Padre celestial le había constituido padre putativo de Jesús; y esta gracia de singular predilección, obligaba enteramente la fidelidad de José: tenía que amar al Niño Jesús con el más delicado y ardiente de todos los amores; tenía que ampararle, y defenderle, y vivir del todo consagrado á su servicio; y ni aun entonces quedaría pagado enteramente el favor singularísimo que había recibido del Eterno, al constituirle padre putativo de su Hijo. Siempre atento á las inspiraciones de Dios, y diligente y solícito en cumplirlas con toda perfección, vería, sin embargo, que la benevolencia de Dios para con él excedía todos sus méritos. Esto ¿infundiría desaliento ó tristeza en el corazón de José? ser vencido por Dios es una gloria.

Dios quiere prolongar el ministerio de José hasta la consumación de los siglos, y de esta manera la gratitud de nuestro Santo podrá manifestarse para con Dios nuestro Señor en toda su grandeza; y las gracias y favores que recibamos de manos de José, serán las pruebas de esa gratitud.

Años pasarán y más años, y pasarán también los siglos; y entrarán en el seno de la Iglesia nue-

vos pueblos y naciones; y hasta el fin de los tiempos, y sobre todos los hijos de la Iglesia, el padre putativo de Jesús hará sentir su benéfico y dulce patrocinio. ¿Le cansarán los siglos por su larga duración; ó nuestro Santo no derramará sus gracias sobre la multitud de los cristianos que habrán de aparecer sobre la tierra, en los siglos venideros? De ninguna manera; porque el Espíritu de Dios que le anima no puede fatigarse; porque en todos los cristianos ampara y defiende á su Jesús querido, que vive siempre en ellos, y de quien podemos decir: Jesucristo el mismo que ayer es hoy; y lo será por los siglos (1); y Jesucristo reclama para sus hijos, para los miembros de su cuerpo que es la Iglesia, el santo ministerio de José.

El castísimo Patriarca fué constituido por Dios mismo, jefe de la santa Familia de Nazaret; y por esto preservó de la degollación de los niños de Belén, al que Dios había puesto á su cuidado; y á fin de libertarle, huyó de su patria llevándole consigo al Egipto; y José trabajó por Jesús, y le socorrió en todas sus necesidades. ¿No hará lo mismo con nosotros?

No hay quien nos persiga de muerte como al Hijo de Dios; mas el enemigo de nuestra salud eterna, se ocupa sin descanso en nuestra ruina. ¿Cómo lo hace? Procurando que olvidemos el único y verdadero fin de nuestras almas, y atrayéndonos al amor de las criaturas. Nos brinda

(1) Hebr., XIII, 8.

placeres, honores y riquezas, y nos dice, como dijo en otro tiempo á Jesucristo: Todo esto os daré si postrándoos delante de mí me adoráis (1). En estas circunstancias, el gran Patriarca extiende sobre nosotros su santa protección, y nos enseña, con su ejemplo, á despreciar todos los bienes del mundo. Es José un humilde carpintero, conocido apenas en su patria; se mantiene con el trabajo de sus manos; y no piensa en adquirir riquezas; y en nada tiene los honores del mundo, aunque lleve en sus venas la sangre de cien reyes. Todo su afecto lo tiene en el Señor; y no se deleita sino en cumplir los preceptos del Altísimo.

José nos enseña en su conducta á despreciar todos los bienes del mundo, y añade á esta enseñanza, una secreta y amorosa inspiración. Cuando somos tentados, cuando el demonio nos ofrece sus miserables bienes con tal que le adoremos, José nos recuerda estas palabras del divino Maestro: Adorarás al Señor Dios tuyo y á El solo servirás; y aleja de nosotros al ángel tentador.

Ni las necesidades del alma, ni las del cuerpo están fuera del patrocinio de Señor san José; porque el socorro de las unas y las otras sirve á la edificación del cuerpo de la Iglesia; y el patrocinio de José, así como se extiende á todos los cristianos, así también corresponde al remedio de todas sus necesidades. No es extraño por lo mismo, que en todas éstas, sean las que fueren, clamemos á José, en busca de remedio.

(1) Matth., IV, 9.

La vida del santísimo Patriarca está compuesta de gozos y dolores; y no le fueron extraños el temor y la duda, la suficiencia y la pobreza. Vivió en su patria, y tuvo también que abandonarla; y pudo decir estas palabras: He aprendido á contentarme con lo que tengo. Sé vivir en pobreza y en abundancia: todo lo he probado y estoy hecho á todo, á tener hartura y á sufrir hambre, á tener abundancia y á padecer necesidad. Todo lo puedo en Aquel que me conforta (1). Dios quiso llevar á nuestro Santo por todos los caminos de la vida, y quiso que probara tantos dolores y amarguras, *ut misericors fieret* (2): para que su corazón, tan dulce y lleno de bondad, se hiciese todavía más y más compasivo, y se inclinase con mayor benevolencia, á socorrer las necesidades de los hombres.

Quando la angustia aflige nuestras almas y nos oprime el dolor, pensando en José, podemos decir: Bien sabe de angustias y dolores; y por esto no verá nuestras penas sin tratar de remediarlas. — Si lloramos rendidos á sus pies, no podrá desconocer cuánta es nuestra amargura; y entre tanto, nosotros, al recordar que José caminó por esas mismas sendas, sentimos una gran confianza en su patrocinio. Quien tanto padeció en la vida, tendrá compasión de los que sufren; su misma experiencia se lo está pidiendo, y el recuerdo de todas sus penas no dejará de conmoverle.

(1) Philip., IV, 11-13.

(2) Hebr., II, 17.

Consolaos, pueblo mío, consolaos, decía el Señor á los hijos de Israel, á su antiguo pueblo que tanto había querido. Habladle al corazón á Jerusalén, alentadla, pues acabó su aflicción: ya está perdonada su maldad (1). — También podemos decir á los cristianos: Consolaos, consolaos; Dios os habla al corazón, alienta vuestra esperanza, y os señala al que debéis acudir en todas vuestras penas: el esposo sagrado de María, el padre nutricio de Jesús, el gran José, cuyo patrocinio contiene las iras del Señor, aleja de nosotros las desgracias, y atrae sobre el mundo las bendiciones de los cielos.

Conoce todos nuestros males, y sabe lo que es el padecer, tiene en sus manos el remedio, Dios le ha constituido administrador de sus tesoros, y le ha dado un corazón de padre, lleno de compasión y de ternura; todo lo alcanza con sus ruegos. ¿Despreciará nuestras plegarias, ó será indiferente á nuestros males? Su santo patrocinio nos está diciendo que nunca saldremos confundidos de los pies del santísimo Patriarca; que ruega sin descanso por nosotros, y que toma por suya nuestra causa.

Confíemos en su patrocinio; amémosle con todo el corazón; bendigamos la gloria de su nombre, y acudamos siempre á él en nuestras necesidades y aflicciones; y él será nuestro consuelo.

¡Oh gran José! acordaos que el Señor os ha confiado los tesoros de su bondad y de su gra-

(1) Isai., XL, 1, 2.

cia: sois padre putativo de Jesús y dignísimo esposo de María; rogad á vuestro Hijo, y rogad á vuestra Esposa por nosotros; ved que llenos de confianza acudimos á vos por el remedio de todos nuestros males; no permitáis que queden confundidos vuestros hijos.

Todo lo podéis con María, y todo lo alcanzáis de vuestro amadísimo Jesús; y vuestro corazón lleno está de misericordia y de ternura para con nosotros; bendecidnos una y otra vez, y rogad sin cesar por vuestros hijos.



CAPÍTULO XIII

Los amantes de Jesús y de su Madre santísima
bajo el patrocinio de Señor san José.

I

EL santo patrocinio de José se extiende á todos los cristianos; siempre rico en beneficios, atiende y remedia todas las necesidades de los hombres con una misericordia llena de compasión y de ternura; y podemos decir de tal patrocinio, lo que dijo de sí misma la Sabiduría: Yo derramé ríos de agua viva; y como canal de agua inmensa derivada del río, y como acequia sacada del río, y como un acueducto salí del Paraíso. Y dije: Regaré los plantíos de mi huerto, y hartaré de agua los frutales de mi prado; y mi canal ha salido de madre, y mi río se iguala á un mar, porque la luz de mi doctrina con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y seguiré esparciéndola hasta los tiempos más remotos. Penetraré las partes más profundas de la tierra, y echaré una mirada sobre los que duermen, é ilu-